

# VIDA EN LOS MÁRGENES: LA EXPERIENCIA CORPORAL COMO ANCLAJE IDENTITARIO ENTRE SEXOSERVIDORES DE LA CIUDAD DE XALAPA, VERACRUZ

*Rosío Córdova Plaza*

Universidad Veracruzana, Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales

**RESUMEN:** *En la actualidad, la actividad del comercio sexual masculino está representando una opción laboral para muchos jóvenes en escala mundial. Este artículo ofrece un acercamiento antropológico a algunos aspectos del ejercicio del trabajo sexual y de la conformación de identidades entre sexoservidores de la ciudad de Xalapa, Veracruz, a partir de la visión de los actores involucrados y de los protocolos culturales que sustentan las prácticas homosexuales en relación con el género, el cuerpo, el deseo y la sexualidad.*

**ABSTRACT:** *Nowadays, male sex work is becoming an attractive option for young men in both rich and poor countries. This article offers an anthropological approach to male sex work in Xalapa, Veracruz. It discusses self-definition of sex workers and cultural features that support homosexual practices related to gender, the body, desire and sexuality.*

**PALABRAS CLAVE:** *identidad, trabajo sexual, cuerpo, homoerotismo*

## INTRODUCCIÓN

El objetivo de este trabajo es analizar las matrices culturales alrededor de las cuales articulan su experiencia y construyen sus identidades diversos tipos de trabajadores sexuales de Xalapa, capital del estado de Veracruz. Me interesa hacer notar la manera en que las convenciones sociales sobre lo que deben ser los papeles y las jerarquías sexuales, por estar directamente vinculadas con un sistema de género dicotómico, condicionan la práctica de los sexoservidores en tanto el cuerpo y sus usos constituyen un foco de tensión. En primera instancia se ofrecerá el andamiaje teórico que sustenta al análisis. Posteriormente se examinará el modelo de sexualidad imperante en la cultura local, su vínculo con las concepciones acerca de las conductas homoeróticas, y se contextualizarán brevemente las condiciones en que se ejerce la prostitución masculina en la ciudad. A continuación se analizará la relación entre los tipos de trabajadores sexuales

entrevistados, los significados que otorgan a su vivencia corporal y los anclajes con los que configuran su identidad.

La categoría de *identidad* se ha convertido en una socorrida herramienta analítica para abordar una cuestión recurrente en ciencias sociales, la relación entre individuo y colectividad en una forma dinámica y no dicotómica. El concepto hace alusión a los complejos procesos de semejanza y diferenciación mediante los cuales un actor o un grupo se sitúa frente a la sociedad más amplia [Valenzuela, 1997:27]. Su importancia radica principalmente en que, por un lado, vincula la biografía individual con los rasgos culturales del grupo societal, poniendo en evidencia el carácter multívoco y dialéctico de la construcción de la subjetividad —entendida a la manera de Foucault [1991], como los modos en que los sujetos hacen la experiencia de sí mismos en un contexto histórica y socialmente determinado—; por otro lado, restituye el papel activo del individuo en la elaboración y actualización de los significados sociales.

Esta manera de entender el problema ha dado como resultado que se privilegie el empleo de un *corpus* conceptual que dé cuenta de dos fenómenos inseparables pero analíticamente distinguibles, por una parte, la tendencia hacia la universalización de los procesos económicos y políticos que se dirigen a la homogeneización de los comportamientos y el libre tránsito de los bienes culturales, y por la otra el énfasis puesto en la búsqueda y reivindicación de las diferencias de orden nacional, religioso, étnico, de orientación sexual, entre otros; dicha búsqueda exige, de suyo, un papel más activo y consciente de los sujetos [Portal, 1991:3]. Lo anterior ha permitido el desarrollo y uso extendido del concepto de identidad para hacer el intento de explicar los delicados mecanismos de conformación de los sujetos en ámbitos cada vez más complejos, diversificados y multiculturales. En esta dirección el concepto se ha aplicado para la formulación de una amplia gama de situaciones en las que se quiere aludir al sentido de pertenencia que un individuo genera ante un grupo, un papel o una condición social determinada frente a otros, ante los cuales reconoce su no semejanza o pertenencia.

Esta posición para encarar el problema de la identidad, como constituida por un complejo de rasgos interrelacionados funcionalmente, puede resultar útil cuando se intenta privilegiar la percepción e interpretación que hacen los sujetos de su propia práctica y la forma en que estructuran su experiencia como integrantes de grupos sociales diversos. El análisis de las transformaciones de los significados sociales en el tiempo y en el espacio permite evidenciar los puntos de anclaje sobre los que se edifican los referentes identitarios, así como detectar la forma en que son elaborados, al mismo tiempo que saca a la luz el carácter intersubjetivo del sentido y de la memoria como un “retorno del futuro” que reescribe constantemente la historia individual a partir de un movimiento retroactivo de producción simbólica.

En este tenor, se destaca la relación entre colectividad y sujeto como punto central para indagar la manera en que se articulan la cultura, los modelos de conducta

y los valores sustentados por un grupo social con los arreglos particulares y los aspectos únicos de una biografía. La idea de que la subjetividad está configurada por procesos sociohistóricos, es decir, que está permeada por un ámbito colectivo que se construye en la interacción de los individuos con su entorno, ha logrado el consenso en la academia [Enguix, 1996; Simon y Gagnon, 1999; Valenzuela, 1997]. Si la gama de las experiencias posibles en un momento histórico específico condicionan y limitan el devenir de los individuos en sujetos, significa que existe un nexo estrecho entre la identidad y lo social. La forma en que los sujetos experimentan su mundo dentro de una compleja red de prácticas, entendidas como maneras de actuar y de pensar<sup>1</sup> que no son producto de individuos autónomos, está condicionada por un conjunto de referentes sociales que les permiten echar mano de ciertos referentes convencionales para asumir una identidad.

Entre las esferas de la vida social que han cobrado creciente importancia en la definición de cada uno de nosotros como individuos podemos ubicar a la sexualidad, pues no solamente la feminidad o la virilidad, la renuncia o el ejercicio, sino nuestra orientación, preferencia y tipo de consumo sexuales, nuestra competencia y capacidades, nuestra normalidad y perversión, son cada vez, en mayor medida, no sólo reclamos políticos, sino factores que nos constituyen como sujetos y nos proporcionan una identidad [Córdova, 2003a]. Para Weeks [1998] esta tendencia a situar a la sexualidad en el centro del debate, es el resultado de tres factores de rápida transformación: la “secularización” del sexo, con la consecuente liberalización de actitudes en Occidente, la mercantilización del erotismo y la supuesta “crisis” de la familia, que deriva más bien de la proliferación de distintos arreglos domésticos. Los rápidos cambios de los significados han llevado a la búsqueda y validación de identidades sexuales diversificadas.<sup>2</sup>

Asimismo, la conformación de las identidades sexuales involucra particulares ajustes psíquicos con respecto a la estructuración del deseo, que posicionan a los sujetos frente a eso que Butler [1999:22 y ss] denomina “género inteligible”, es decir, normas de inteligibilidad socialmente construidas para garantizar la coherencia y continuidad entre sexo, género, práctica sexual y deseo. En suma, y como lo expresa Lamas:

<sup>1</sup> “No es satisfactorio decir que el sujeto está constituido por un sistema simbólico. Él está constituido en [sic] prácticas reales, prácticas analizables históricamente. Hay una tecnología de la constitución de sí que atraviesa los sistemas simbólicos aun utilizándolos. No es únicamente en el juego de los símbolos donde el sujeto está constituido” [Foucault *apud* Pérez, 1991:22].

<sup>2</sup> Aunque la sexualidad ha sido centro de las preocupaciones de Occidente desde principios de nuestra era, Weeks [1998] señala que a partir de la década de 1960 ha tenido verdadero impacto y resonancia la idea de una política sexual como resultado de la crisis de las relaciones entre los sexos.

En la identidad del sujeto se articulan subjetividad y cultura: ahí están presentes desde los *habitus* y estereotipos culturales hasta la herida psíquica de la castración simbólica, pasando por los conflictos emocionales de su historia personal y las vivencias relativas a su ubicación social (clase social, étnica, edad) [2002:69].

En este contexto, el análisis del cuerpo cobra importancia fundamental. El cuerpo ya no es más un dato biológico, elemental, inmutable, sino que se constituye en arena política donde se imprimen las expectativas sociales. Las normas, los valores, las creencias, encuentran en el cuerpo un receptáculo para su objetivación [Bourdieu, 1991:117 y ss]. Esto significa que la relación que guarda el individuo con su cuerpo está mediada desde el inicio por la colectividad, y se expresa a través de principios de clasificación de la realidad; estos principios lo configuran como sujeto pensante y actuante de una sociedad concreta: el arbitrario cultural es impreso en forma indeleble en cada cuerpo a manera de límite y de limitación de entre un cierto inventario de experiencias posibles.<sup>3</sup> Pero, al mismo tiempo, al ser el cuerpo el primer vehículo de simbolización a nuestro alcance para comunicar sentimientos y emociones, acatamientos y rebeldías, se convierte en el medio a través del cual logramos nuestros fines [Córdova, 2003].

Podemos entender, entonces, la vivencia corporal del individuo en tres direcciones: 1) frente a sí mismo, mientras desarrolla una estrategia para conducir su cuerpo hacia los fines que considera correctos o valiosos; 2) frente a los otros, porque las prácticas demarcan la separación social entre lo apreciado como permisible o intolerable para determinadas categorías de personas, jerarquizando comportamientos, actitudes y estados; y 3) frente al Otro simbólico, en tanto introyecta los contenidos significativos que se le ofrecen y hacen del cuerpo signo de lo que se es, pero también de lo que no se es [*ibid.*]. La autodefinición, entonces, será atravesada por esta triple matriz de la vivencia corpórea, los límites de la experiencia, así como los significados y los valores inmanentes en cada momento histórico.

Por ello, la producción e instrumentación de prácticas regulatorias que hacen del cuerpo su objeto, intenta generar identidades coherentes a través de normas de género inteligible, mediante el rechazo y la descalificación de otros tipos de identidades que no se ajustan a ellas [Butler, 1999:50]. El estigma, como mecanismo de etiquetaje para lograr la adecuación de los comportamientos individuales a las expectativas sociales [Goffman, 1986:13 y s], busca asegurar la subordinación y la marginalidad de conductas y atributos marbetesados como “desviados” o “patológicos”.

<sup>3</sup> Macherey [1991], siguiendo a Foucault en su diferenciación entre normas biológicas y jurídicas, establece diferencias importantes entre la idea de límite (entendiendo el término “biológico” como establecido de manera interna desde la subjetivización, a través de las disciplinas) y de limitación (formulada jurídicamente desde el exterior del individuo).

Las presentes reflexiones surgen a partir de una investigación en curso sobre las diversas modalidades de comercio sexual masculino, desarrollada en la ciudad de Xalapa. Los datos etnográficos aquí ofrecidos se recopilaron en el marco de un estudio de corte antropológico, en diversos periodos comprendidos entre los años 2000 y 2002. En el transcurso de la investigación, además de la observación sobre terreno en las zonas de oferta de servicios y de la realización de un sinnúmero de conversaciones no grabadas, se aplicaron treinta entrevistas a profundidad, abiertas y semidirigidas, tanto en el lugar de trabajo como en diferentes cafés o bares donde se dio cita a los sexoservidores. La distribución de tales entrevistas es la siguiente: siete a *strippers*, doce a trotacalles masculinos o “mayates”, siete a trotacalles travestis y cuatro a masajistas. Las entrevistas fueron concedidas sin remuneración, aunque estaba sobreentendido que el consumo de alimentos o bebidas, en caso de haber alguno, corría a mi cargo.

#### MODELO HEGEMÓNICO DE SEXUALIDAD Y EROTISMO ENTRE VARONES

En la región, como en el resto de América Latina, el sistema de género es bicategorial, excluyente y complementario, en comunión con un orden sexual que exige para su inteligibilidad la heterosexualidad obligatoria en cuanto a orientación, deseos y prácticas.<sup>4</sup> Esto se traduce en concepciones dicotomizadas en las que el único tipo de homosexual estimado como posible (y tolerado) es el “invertido”, cuyo referente básico es la feminidad, y es subsumido a una categoría que resulte compatible con las definiciones sociales y con las identidades de género.<sup>5</sup>

Asimismo, el modelo hegemónico de sexualidad posee un sesgo masculinista, falocéntrico y focalizado en el coito, el cual concibe los deseos sexuales de los hombres como cargados de urgencias que requieren satisfacción inmediata [Lancaster, 1999; Parker, 1999]. El papel dominante asociado a la masculinidad, a la actividad y al oportunismo favorece el hecho de que la condena social hacia conductas homosexuales ocupando el papel concebido como activo sea relativamente ligera y poco estructurada, como se expresa en el conocido dicho popular que reza “en tiempos de guerra, cualquier hoyo es trinchera”. Si bien es cierto que tales comportamientos no son aprobados, no existe sanción social efectiva que vaya en detrimento del

<sup>4</sup> Entre los ámbitos de la vida social que intervienen en la conformación cultural de la sexualidad se encuentran: a) sistemas de género, de parentesco y familiares; b) organización social, económica y política; c) las normatividades sociales y d) las movilizaciones políticas y las culturas de resistencia [Ross y Rapp, 1981; Weeks, 1998].

<sup>5</sup> Enguix dice al respecto que el homosexual afeminado “... es tolerado y a la vez degradado, puesto que, por una parte es compatible con las definiciones de género, pero igualmente la quebranta con su transgresión” [1996:50].

transgresor. Tras esas apreciaciones es posible encontrar la idea de que el varón no se demerita en términos de su hombría mientras continúe ejerciendo el rasgo marcado en este modelo de sexualidad, es decir, su papel “dominante” durante la cópula se mantiene incólume siempre que siga siendo el penetrador y no el penetrado [Lancaster, 1999; Cáceres y Jiménez, 1999; Serrano, 1999].

La estrecha vinculación entre homosexualidad y afeminamiento favorece el hecho de que un varón con aspecto masculino pueda identificarse como heterosexual aun cuando sostenga relaciones homoeróticas. Este nexo se presenta hasta en sociedades donde es común que una forma de homosexualidad exhiba maneras de comportarse masculinas o hipermasculinas; en ese ámbito, incluso en el mismo *ambiente gay* existe la idea de que, como es una actuación (*acting out/straight acting*), en algún momento la persona sufrirá un desliz que descubrirá su afeminamiento [Bergling, 2001].

Según la concepción imperante en la región, destacan dos tipos de personas involucradas en relaciones homoeróticas entre varones: por un lado se halla el homosexual o “choto” que posee una virilidad disminuida y estigmatizada que lo lleva a jugar el papel pasivo en el coito en su calidad de penetrado, o el papel activo en los contactos oral-genitales como felador (*fellator*). Por otro lado, encontramos al llamado mayate,<sup>6</sup> el cual no es considerado socialmente ni se asume a sí mismo como homosexual o como partícipe de relaciones homosexuales, y su condición incluye la práctica de la bisexualidad, que mantiene su virilidad completa por ser o bien el penetrador o quien recibe un servicio para su placer durante una felación (*irrumator*);<sup>7</sup> además, se mantiene siempre como sujeto de deseo, en tanto tiene la posibilidad de elegir el tipo de compañero o compañera erótica de su preferencia, y cuyo valor de cambio dentro del mercado de trabajo sexual, por decirlo de algún modo, depende de su posición como solicitante o como solicitado [Córdova, 2003c]. Si bien es cierto que este esquema no responde necesariamente a la realidad, en el sentido de que las relaciones homoeróticas entrañan una gran variedad de prácticas que no se circunscriben al coito o al tipo de papel desempeñado, puede funcionar como referente para la evaluación pública de las conductas al enfrentarlas a una bipartición entre lo valorado positivamente y lo reputado como transgresión [Córdova, 2003b].

En esta dirección se puede destacar la importancia de la homofobia como mecanismo de asignación del estigma. La homofobia, entendida como el miedo u odio hacia los homosexuales y a la homosexualidad, se conforma como la principal herramienta de

<sup>6</sup> Mayate es una palabra de origen nahuatl con la que se denomina a los escarabajos estercoleros y, por extensión, a los varones que penetran a otros varones, en alusión al coito anal.

<sup>7</sup> El término latino *irrumator* proviene del verbo *irrumo*, que significa presentar el pene para la succión. Para una discusión sobre la distinción activo/pasivo y emisor/receptor en las prácticas sexuales, véase Boswell [1985:67 y ss].

control desde las etapas tempranas del proceso de socialización. Plummer [2001:8] ha estudiado el papel que desempeñan desde la infancia las expresiones homofóbicas entre los grupos de pares, para lograr la adhesión de los sujetos a las normas de la masculinidad correcta, al satanizar las desviaciones a los comportamientos estereotípicos masculinos. La homofobia es un fenómeno complejo que divide a los “verdaderos hombres” de los “otros”, los “anormales” o “desviados”.

## SEXOSERVICIO MASCULINO EN LA CIUDAD DE XALAPA

Aunque el trabajo sexual masculino es un fenómeno tan antiguo como el practicado por mujeres, y en otras épocas fue quizá igualmente aceptado y público [véanse Boswell, 1980:65 y ss; Dover *apud* Schifter y Aggleton, 1999], en la actualidad está cobrando dimensiones cada vez más conspicuas. Al igual que muchas otras ciudades del mundo, como Ámsterdam [Zuilhof, 1999], San Pablo [Perlongher, 1998], San José [Schifter, 1999] o Santo Domingo [Moya y García, 1999], la capital del estado de Veracruz está experimentando un aumento en la cantidad de varones dedicados al sexoservicio como principal actividad remunerada o como complemento a otro tipo de actividades. Las causas de este crecimiento son diversas y se relacionan habitualmente con la modernidad: la concentración de la población en las urbes, que favorecen la movilidad y el anonimato sociales, la pobreza y el desempleo [Moya y García, 1999:127]. A esto se suman factores culturales que han propiciado una mayor tolerancia hacia tipos de conductas diferentes, apoyada en el ideal del respeto a las libertades y los derechos individuales, que podemos explicar como resultado del impulso civilizatorio que analiza Norbert Elias [1994]. No obstante, el aparente crecimiento de la oferta de sexoservicios masculinos bien puede ser una modalidad más abierta y pública de un fenómeno que ha estado presente en otros momentos históricos y que en la actualidad está sufriendo modificaciones en la manera en que es percibido y sancionado por la sociedad.

Por otro lado, el trabajo sexual masculino involucra diferentes formas de transgresión al modelo hegemónico de sexualidad —de suyo heterosexual, basado en el amor romántico, con prácticas corporales excluyentes y jerárquicas— que ponen en tela de juicio las concepciones sobre el género y el deseo, ubicándolo en la parte más marginal de los márgenes: el sexo se compra y se vende, los usos del cuerpo se traslapan, las jerarquías se diluyen, las identidades inventan otros puntos de anclaje.

Asimismo, en la localidad de estudio existen condiciones particulares que han propiciado el incremento de esta situación. Xalapa es una ciudad que se ha convertido en un foco de atracción para diversos tipos de población, tanto urbana como rural, porque por un lado concentra desde hace más de medio siglo la

mayor parte de la vida científica y artística del estado, debido a la presencia de una de las mayores universidades del país, la Veracruzana. Por otro lado, al ser ciudad capital, aglutina los poderes gubernamentales, lo que supone un constante tránsito de personas.

Sin embargo, la escasa planta industrial, la amplia oferta de fuerza de trabajo estudiantil para el sector servicios en empleos temporales o de medio tiempo, y el crecimiento acelerado de la población migrante, dejan pocas oportunidades a los jóvenes de conseguir un puesto medianamente remunerado. A ello podemos sumar los cambios culturales con respecto al tratamiento de la homosexualidad —que se aprecian, por ejemplo, en los medios masivos de comunicación—, la ampliación de los umbrales de tolerancia hacia el ejercicio público de prácticas antes perseguidas y la ausencia de una legislación al respecto en el municipio, han contribuido a la propagación de servicios sexuales, ya sea en la vía pública en la forma de *trottoirs* de travestis y mayates, en los centros nocturnos de diversiones o en locales disfrazados de clínicas de masajes ampliamente publicitados. Por añadidura, se encuentra un número indeterminado de lugares para *gays*, como galerías, cafés, discotecas o bares, donde regularmente se ofrecen sexoservicios [Córdova, 2003c].

La variedad de prestadores de estos servicios en la localidad es bastante heterogénea; no obstante, para los fines de este trabajo se abordarán tres tipos de trabajadores: los *strippers*, los trotacalles —tanto los llamados mayates como los travestis— y los masajistas que se reconocen como *gays*. Estas categorías de personas, aunque en algún momento pueden traslaparse, reivindican para sí ciertos rasgos distintivos que las diferencian entre ellas, los cuales permiten destacar algunos referentes de anclaje identitario en relación con el cuerpo y sus usos, estableciendo nexos entre la autodefinition de los sujetos y los contenidos que el imaginario cultural les atribuye y, en cierta medida, les exige.

#### EL CUERPO COMO ESPECTÁCULO: STRIPPERS O LA COMPULSIÓN HETEROSEXUAL

Aunque en la ciudad de Xalapa los espectáculos de desnudismo están prohibidos por la legislación municipal, existen diversos locales donde se presentan algunos del tipo llamado *table dance* de mujeres, de manera más o menos clandestina, en tanto que los *shows* donde se exhiben hombres desnudos pueden encontrarse en el vecino municipio de Emiliano Zapata, en una discoteca gay que abre sus puertas tanto a hombres como a mujeres. Los trabajadores no son estrictamente sexoservidores, pero el medio en el que ejercen su actividad les hace posible combinar satisfactoriamente el baile y el comercio sexual. El local ofrece dos funciones, una a las dos de la madrugada y otra a las cinco, donde participan dos bailarines

y un imitador fonomímico de cantantes famosos(as) en el medio artístico, que puede presentarse travestido o no. En la primera función cada bailarín realiza su rutina mientras se despoja de su ropa, sin llegar al desnudo total, acercándose a los parroquianos, y a veces estableciendo contacto corporal con mujeres y hombres. El espectáculo finaliza con la aparición del imitador. Durante la segunda función, la secuencia es la misma, con la diferencia de que esta vez el desnudo es completo y existe una mayor interacción entre el bailarín y los espectadores. Esto hace una diferencia entre los bailarines, porque quienes realizan desnudo total son denominados *strippers*, mientras que quienes conservan alguna prenda son conocidos como *chippendales*:

El *chippendale* lo que hace es bailar con su vestuario y estar en tanga. Un *stripper* lo que tiene es que volver a bailar pero erecto, excitado y... o sea... ahora sí grande (Charlie, 23 años).

Algunas características indispensables para lograr ingresar al medio son la juventud, la belleza física y la apariencia muy masculina, que se acentúa con el vestuario y la exhibición de la musculatura. Los siete entrevistados oscilaban entre los 21 y los 28 años, y todos acudían a los gimnasios a levantar pesas para desarrollar una buena figura:

Yo creo que los 26, 27 años es el momento de la cúspide ¿no? Al menos te va mejor, porque uno todavía se ve bien en la pista... ya pasando 29, 30, pues ya no te contratan tan fácil, pues ya dicen "está bien ruco"<sup>8</sup> (Giovanni, 21 años).

También es preciso arreglárselas para mantener una semierección durante la totalidad de los diez o quince minutos aproximados que dura cada rutina de baile, lo cual se logra mediante la estimulación previa, la aplicación de pomadas y aerosoles o el uso del anillo de un preservativo apretado en la base del pene, para evitar el vaciamiento rápido de los cuerpos cavernosos; de lo contrario, se corre la voz de su poca capacidad eréctil y ya no son contratados.

Dos aspectos que aparecieron en forma constante en las entrevistas con este grupo fueron muy interesantes. El primero de ellos fue encontrar que, al ser interrogados respecto de su orientación sexual, todos los entrevistados hicieron énfasis en autodefinirse como "cien por ciento heterosexual", "totalmente buga",<sup>9</sup> "ser heterosexual muy bien definido":

Desde un principio digo que soy heterosexual y que estoy seguro de mi sexualidad y que si hago esto es por trabajo (Christopher, 22 años).

<sup>8</sup> Ruco: viejo.

<sup>9</sup> La subcultura homosexual, también llamada "ambiente" entre los iniciados, utiliza este término para referirse a los individuos heterosexuales.

Un *stripper* no te va a decir “yo soy gay”, porque está más en juego la hombría, como que se debe manejar una imagen de fuerza, de hombre, de masculinidad. Entonces, obviamente si sale uno y tiene movimientos afeminados, pues ya no gustó. Claro que a la gente *gay* le gusta la imagen supermacho y a las chavas también les gusta. Entonces hay que cuidar esa imagen... los músculos, el cuerpo, te cuidas, cuidas tu salud, cuidas tu cuerpo y tratas de dar una imagen bonita. Creo que a todos nos gusta ver caras y cuerpos bonitos (Víctor, 28 años).

Los entrevistados enfatizan esta imagen haciendo hincapié en las relaciones de pareja heterosexuales, señalando o bien la constancia o bien la diversificación de sus conquistas:

Mi sexualidad es bastante irregular. Me refiero a que a veces puedo tener una sola pareja durante meses o años... año, año y medio, y de repente, puedo estar sin pareja dos, tres meses. Y de repente, puedo tener relaciones con cuatro o cinco niñas en dos o tres semanas (Patricio, 25 años).

El otro aspecto a destacar es la contradicción entre el discurso de los *strippers* y lo que fue posible observar durante la presentación del espectáculo. Al ser interrogados, todos los bailarines aseguraron que les resultaba desagradable ser tocados por los asistentes y que evitaban los acercamientos:

¿Te fijaste ahorita que bailé? yo no me acerqué con los hombres, o sea, les bailo enfrente pero no me acerco porque me siento incómodo y no les voy a hacer una grosería, o sea, si se acerca el chavo y trata de tocarme pues no le voy a hacer una grosería. A eso me expongo y procuro evitarlos no acercándome (Christopher, 22 años).

Cuando vas a una despedida de soltera es prácticamente cien por ciento mujeres y por ellas sí me dejo tocar, o sexo oral o equis cosa del *show*, pero en el caso de las discos no, porque no me gusta que me toquen los hombres y en una disco sí te dejas que las chavas lo hagan, los gays luego también quieren (Alexis, 24 años).

No me gusta que me toquen, porque al tocarte tu miembro, como las personas están tomadas, o sea los gays, te lo aprietan como si fuera de plástico, y eso duele. En mi caso, yo me considero muy mamón,<sup>10</sup> muy arrogante. Cuando yo salgo erecto me pongo exclusivamente en medio de la pista y dejo que me vean... (Charlie, 23 años).

Sin embargo, durante el trabajo de campo fue evidente que los bailarines se acercan durante sus rutinas a los parroquianos, hombres y mujeres, e interactúan con ellos, permitiéndoles que toquen sus cuerpos. Todo parece indicar que este tipo de trabajadores se ven sometidos a dos clases de exigencias contrarias,

<sup>10</sup> Mamón: chocante, soberbio.

que tienen al cuerpo como foco de tensión: por un lado, la exacerbación de su masculinidad en términos de discurso, apariencia y gestualidad; por otro lado, el acercamiento físico por parte de la audiencia a la que se dirige su trabajo. Dicho acercamiento puede responder a sus deseos o no, pero de cualquier manera tiene que ser aceptado para continuar en el empleo. Asimismo, ya sea durante la función o en el intermedio, se establecen los contactos para realizar un servicio sexual con alguno de los asistentes al final de la noche.

¿Contradice esta circunstancia la manifestación recurrente de total heterosexualidad en los *strippers*? No necesariamente, si consideramos esa dimensión psíquica de las identidades sexuales individuales, que puede permitir una disociación entre prácticas, símbolos e identidades.<sup>11</sup> De tal forma, el contacto entre varones puede cargarse de significados extrasexuales y circunscribirse a una operación laboral o mercantil.

#### EL CUERPO COMO FRONTERA: MAYATES O LA DEFENSA DE LOS ORIFICIOS

Como parece ser una constante en diversas ciudades donde se ha descrito la geografía de la prostitución, los parques centrales son el lugar por excelencia para el *trottoir* de los trabajadores sexuales [Perlongher, 1999; Allman y Myers, 1999].<sup>12</sup> En Xalapa, a lo largo del circuito formado por cinco cuadras y el parque central, conocido como la “putivuelta”, se congrega la población de mayates que están a la búsqueda de clientes, sobre todo los fines de semana y los días de cobro de la población trabajadora.

Esta clase de sexoservidor debe exhibir un aspecto masculino, aunque no necesariamente exagerado, y se dedica sobre todo a atender a homosexuales conocidos y a veces de tipo más afeminado y entrados en años, aunque también suelen dar servicio a “tapados”, como se denomina a los varones marbetados

<sup>11</sup> Simon y Gagnon, apoyándose en Freud y siguiendo su metáfora teatral, sugieren que lo que denominan guiones sexuales, entendidos como una sintaxis operativa para la puesta en escena de la sexualidad, puede ser descompuesto en el nivel intrapsíquico en un elenco de personajes para enfrentar materiales incongruentes y, de ese modo, permitir la continuidad a una identidad [1999:33].

<sup>12</sup> Se pueden esgrimir algunas hipótesis para explicar este hecho. Por un lado, la concentración de actividades comerciales y de diversiones en las áreas centrales de las urbes ha depreciado su valor como zonas residenciales, lo que ha propiciado que en sus alrededores se concentren las viviendas de las clases populares, de donde se supondría que provienen la mayor parte de los trabajadores sexuales; por otro lado, la presencia de tráfico vehicular constante y de una red de transporte colectivo que conecta al centro con todos los restantes espacios de la ciudad facilita el desplazamiento hasta altas horas de la noche.

como heterosexuales, con frecuencia casados y con hijos, que desean mantener ocultos sus deseos hacia personas de su mismo sexo.<sup>13</sup> Al igual que en el caso de los *strippers*, el éxito entre la clientela es directamente proporcional a la juventud y la figura bien conformada. Existe dentro de este grupo una variante a la que se denomina “chacal”, quien debe mostrar dosis de agresividad, vulgaridad y rudeza que el imaginario social adjudica al tipo *supermacho*, aunque también es común que aluda a los mayates de extracción socioeconómica más baja, muchos de ellos pertenecen a las colonias populares cercanas a la zona centro de la ciudad, e incluso son identificados como “chavos banda”, por lo cual son vistos con cierto desdén por parte del grupo de mayates:

Cuando llegué del pueblo, como primero no sabía ni qué onda, hasta que me metí con un tal Jesús y un tal Daniel... Esos desgraciados luego luego me clasificaron. Mira, me decían chacal, mayate barato, piojo y no sé que tantas madres... porque no sabían de dónde madres era yo. Y luego me dicen “quién sabe, ha de venir de por acá de la colonia Benito Juárez, ha de venir de por acá de la Progreso, ha de venir de acá...”. Creían que venía yo de las peores colonias... (Enrique, 20 años).

Siendo que los mayates representan la figura masculina por excelencia del comercio sexual, suelen autodefinirse como heterosexuales o incluso como bisexuales, pero nunca como homosexuales. Parte del éxito de los mayates depende de su imagen de machos, por lo cual una constante en sus relatos es la insistencia en que ocupan siempre la posición activa durante el ejercicio de su trabajo, es decir, siempre son los penetradores o quienes reciben estímulos manuales u orales. Aseguran que jamás aceptan ocupar la posición pasiva, pues esto equivaldría a feminizarse como lo hacen sus clientes, manifestando su desprecio hacia los homosexuales, sobre todo a los del tipo “loca” o “loca torcida”, es decir, los más afeminados. Como afirman Crawford y otros [1996:56], esta concepción resulta coherente con el modelo de sexualidad dominante, que entiende la bisexualidad como resultado de un impulso sexual masculino potente, irrefrenable e indiscriminado:

Yo más bien me considero bisexual... me gustan hombres y mujeres. Tal vez me gusta más el sexo con un hombre porque desde el punto de vista del erotismo, estás con un hombre que puede ser afeminado o bien digamos muy masculino, es más erótico ser dominante con alguien que parece ser también muy masculino (Richard, 21 años).

<sup>13</sup> En uno de los escasos estudios sobre identidad sexual en varones casados que tienen prácticas bisexuales, Malcolm [2000] sugiere que el fenómeno de “bisexualidad” o heterosexualidad defensiva, que consiste en mantener una identidad pública de tipo heterosexual y suscribir deseos privados de tipo homosexual, es una manera de protegerse contra el estigma social vinculado con la orientación homoerótica. Esta figura permite entender por qué resulta tan difícil abordar en un trabajo sobre sexoservicio masculino a la otra parte de la relación: los clientes.

Yo soy activo. Pasivo no, nunca lo he intentado. Bueno, lo intenté una vez, porque pagan más, y la verdad duele y no me gustó y por eso opto por lo otro. Ahorita en lo que me he prostituido por aquí, siempre lo he hecho como activo (Antonio, 23 años).

De esta manera, el cuerpo se convierte en espacio simbólico de lo que se es, pero también de aquello de lo que pretende diferenciarse. Sin embargo, en los relatos siempre aparece que otro, y no el entrevistado, acepta proporcionar al cliente “la ida y vuelta”, término con el que se conoce la penetración mutua. Por añadidura, la pretensión de hipermasculinidad puede ser también un mecanismo para incrementar el precio del servicio:

Algunos cuates de por aquí que se dicen muy machitos, que ellos no permiten que se los atornillen<sup>14</sup> y que no, que no. Pero bien que uno se da cuenta, pues muchos clientes te piden ¿no? que te doy tanto por la ida, pero tanto más por la vuelta... y pus la lana o porque bien que les gusta, pues le entran (Luis, 19 años).

¿Sabes quién te pagan mejor de los clientes? Los viejos. Ah, pero ‘pérame tantito, no te lo pagan sólo porque se los metas. Porque se los metas te dan 200 pesos y luego te pones y te dan 300. Fue mi experiencia, porque estaba yo presente cuando fue un caso así, estaba yo bien borracho, bien mariguano. La persona que me acompañaba y yo, éramos dos y con la que según nos íbamos a ir, le dije “200 por piocha”. Pero dice “¿Ah, quieres 500? Te doy 300 más pero ahora déjate, no, que déjate... qué te puede pasar si yo lo voy a hacer”. Y el otro se puso y, mira, le dieron sus 500 pesos (Artemio, 22 años).

La insistencia en el desempeño del papel activo parece ser un punto de anclaje en la narrativa de este tipo de trabajadores del sexo, tanto por la función que puede desempeñar para la constitución de una identidad, como porque guarda correspondencia con las normas culturales para el género masculino, las cuales dictan que la sexualidad de los varones debe ser activa, agresiva y predatora. Esta manera de encarar la dominación simbólica del principio masculino sobre el femenino se reproduce, al menos en el discurso, en la asignación dicotómica de los papeles sexuales al interior de la relación homoerótica y, por extensión, pone a recaudo contra la posibilidad de ser objeto de homofobia.

#### EL CUERPO COMO FICCIÓN: TRAVESTIS O LA VIDA ES UNA TÓMBOLA

En contrapartida, encontramos al tipo de sexoservidor llamado “vestida” porque ofrece sus servicios travestido, acentuando los rasgos femeninos mediante el maquillaje, el vestuario, el peinado y el uso de prótesis externas, además de

<sup>14</sup> Atornillar: penetrar.

exacerbar la feminidad de su conducta. Varios de ellos manifiestan usar terapias hormonales para lograr el adelgazamiento de la voz y la disminución del vello corporal, mientras que otros prefieren usar inyecciones de aceite de cocina para lograr el aumento en el volumen de senos, nalgas y piernas:

Haz de cuenta que yo era niño<sup>15</sup> y empiezo a tomar hormona... te cambia todo, te empieza a salir el busto y entonces en la universidad pues era un escándalo, al grado de que una vez en cuarto semestre me dio clases una maestra que no me había dado nunca y pregunta algo y yo le contesto y dice "¿Cómo te llamas?", para ponerme mi participación. Y ya le digo "Me llamo fulanito de tal". Y dice "Ah, tú eres el famoso"... Sí. O sea, toda la zona universitaria sabía que yo tragaba hormonas... luego me vestía [de mujer] y me iba a la biblioteca así, cuando ya empecé a vestirme que llevaba como medio año tomando hormonas... Cambié mucho entonces (Stephanie, 24 años).

Debido a que generalmente este grupo de trabajadores exhibe un mayor grado de afeminamiento, es comprensible que hayan sufrido un mayor grado de homofobia a lo largo de su vida. Todos los entrevistados afirmaron haber tenido conflictos con su familia o haber sido objeto de algún tipo de violencia durante la adolescencia, o aun antes, por su orientación sexual:

Desde la primaria se me notaban mis inclinaciones homosexuales. Y pues la verdad sí me cohibió un poco y me empezó a dar pena francamente seguir yendo a la escuela... por la burla de los chicos, tú sabes. Porque no falta quien te esté molestando (Bella, 25 años).

A mis hermanas les robaba las pinturas, me gustaba arreglarme como lo que soy, ¿no? Como lo que me siento: mujer. Siempre tratando de imitarlas. Desde un principio yo me sentía mujer. Me gustaba ponerme los vestidos de mis hermanas, porque quería ser una de ellas. Pero lo hacía a escondidas porque mi familia era muy machista y tenía miedo. Cuando ellos se enteraron de que yo era así, empecé a tomar mis primeras copas y en el calor de las copas me dio valor y me descaré. Me dije "por qué voy a esconder lo que soy; si yo me acepto, a mí me viene valiendo lo que los demás digan". El problema es que para poder aceptarme tuve que enfrentarme a la familia (Coral, 36 años).

A medida que los sujetos se involucran de manera creciente en las prácticas de travestismo y las hacen públicas, suelen abandonar la residencia familiar y tratan de establecerse en espacios menos hostiles. Así, es indispensable para lograr su independencia obtener un empleo remunerado, pero las opciones laborales donde puedan ocuparse como individuos transgénero resultan bastante escasas y el ejercicio de la prostitución se vuelve una actividad casi obligada.

<sup>15</sup> Se refiere a que tenía apariencia masculina.

El área exclusiva de trabajo de estos sexoservidores se ubica al norte de la avenida que sale por un extremo a la carretera hacia el Distrito Federal y por el otro la que lleva al puerto de Veracruz, donde se halla un corredor comercial que va desde la ciudad de Xalapa hasta la vecina localidad de Banderilla, en el cual se concentra una zona de hoteles de paso, bares y otros centros de diversiones nocturnas. Esta localización es de vital importancia para captar a la principal clientela de los travestis, constituida por los conductores de los camiones de carga que transitan hacia ambos puntos de destino. Las “vestidas”, al igual que los mayates, también suelen atender a la población de “tapados”.

Sin embargo, podemos encontrar una diferencia fundamental en cuanto a las motivaciones de los clientes por contratar sus servicios. En el caso de los mayates es la búsqueda de rasgos más masculinos, mientras que la inclinación de la clientela por los travestis implica el contacto con un cuerpo de varón con apariencia de mujer. Algunos de los siete participantes en las entrevistas pertenecientes a esta categoría, afirman que los “tapados” prefieren involucrarse con “vestidas” porque les causa menos conflictos para pretender que no sostienen relaciones homosexuales, de manera que se parapeta una virilidad más acorde con los valores aceptados.

Los travestis entrevistados aseguraron tener un “alma de mujer en cuerpo de hombre” y sólo sentirse cómodos, seguros y deseables mediante la caracterización dramatizada de la femineidad. Asimismo, ninguno de ellos manifestó haber recurrido a cirugías de cambio de sexo ni estar en disposición de hacerlo:

Yo no mutilaría parte de mi cuerpo para sentirme mujer porque no lo necesito... yo para sentirme mujer creo que debes tener alma de mujer independientemente de tu sexo para poder vivir como tal. Primera, no necesito mutilarme para sentirme tal, que no me hace mujer, creo que no, digo me corto un dedo, me corto un pie y no me hace mujer eso o este hombre se corta el pene y no va a ser mujer por eso. Esa sería una razón. Segunda, porque lo que te cortan, porque la forma que te hacen es una forma de vagina... pero eso no es una vagina, no te haces mujer. El día que a mí me dijeran: “¿sabes qué? por ahí vas a poder menstruar”, porque yo jamás en mi vida voy a menstruar, jamás en mi vida voy a tener un orgasmo y mucho menos voy a poder parir... Entonces eso no es una vagina, es un hueco con forma de vagina, es un pene mutilado con forma de vagina pero eso no es una vagina, ni te hace mujer. Una vagina menstrúa, tienen un orgasmo y puede parir. Que a mí me digan: “te vamos a operar pero de ahí vas a sacar... vas a dar vida”, entonces sí lo haría, cosa que a la fecha no se ha podido hacer. Y en tercera, no lo haría porque creo en Dios y es ir en... yo sé que voy en contra... voy en contra de todo... (Viridiana, 21 años).

Asimismo, los usos corporales establecen una demarcación simbólica que refuerza el posicionamiento identitario al tratar de mantener el papel considerado pasivo durante la relación sexual y evitar en lo posible la manipulación de sus genitales por parte de los clientes. Este rechazo, sin embargo, algunas veces es

ignorado porque existen compradores que solicitan al trabajador travestido que desempeñe la posición activa, ofreciendo más dinero por el servicio.

Esta forma de asumir la adopción de imagen y comportamientos del género femenino como una necesidad ubicada fuera de la voluntad del sujeto, es explicable si consideramos que el tipo de homosexual más afeminado es el más manejable por el sistema de género dicotómico, no sólo en términos de desplazamientos de género sino de un reduccionismo clasificatorio que indica que todo homosexual es afeminado y todo afeminado es homosexual, de ahí que una exacerbación de los rasgos femeninos garantizaría una mayor tolerancia, e incluso una incursión abierta y aceptada en el mundo heterosexual, como en el caso de artistas de espectáculos travestis [véase González, 2000].

#### EL CUERPO COMO ORIGEN: MASAJISTAS O EL MITO FUNDADOR

El incremento en la demanda de servicios sexuales proporcionados por varones parece confirmarse por la proliferación de una gran cantidad de las llamadas “casas de masajes” en la ciudad. Estas empresas ofrecen personal especializado de ambos sexos y se hacen amplia publicidad en los anuncios clasificados de los periódicos locales donde consignan diversos tipos de servicios, tanto de mujeres como de hombres. En esta sección es posible encontrar el ofrecimiento de “chicos universitarios discretos, selectos”, que “cumplen tus fantasías”, y se hallan dispuestos a brindar tanto “sexishows”, como “servicio a parejas”.<sup>16</sup> Las ofertas de trabajo aparecen con regularidad para solicitar “chicas y chicos jóvenes, delgados” a los que se les proporciona “capacitación y hospedaje”.<sup>17</sup>

Las “clínicas de masajes” funcionan mediante redes telefónicas a través de las cuales el cliente llama para solicitar una o varias personas de determinadas características, que realicen los servicios que desea. Algunas clínicas exigen a los masajistas que permanezcan en un lugar y son enviados a servir al cliente en cuanto se reciben las llamadas, mientras que otras telefonan al personal para que acuda al lugar convenido durante la transacción. El carácter semiclandestino<sup>18</sup> de las clínicas de masaje favorece su proliferación e intermitencia, al mismo tiempo que da cobijo a una variedad de tipos diferentes de personas de manera semi-

<sup>16</sup> *Diario de Xalapa*, 1 de febrero de 2000.

<sup>17</sup> *Ibid.*, 7 de marzo de 2000.

<sup>18</sup> La legislación municipal no reconoce la existencia de estos establecimientos y tal hecho propicia, por un lado, que no se puedan ejercer acciones legales hacia ellos (pago de impuestos, control sanitario, clausura); por otro lado, están las prácticas corruptas entre autoridades y dueños. Los escasos requerimientos de infraestructura (apenas un número telefónico y un anuncio en el periódico) facilitan su movilidad y constante aparición y desaparición.

permanente o eventual. De igual manera, permite la flexibilidad en los servicios ofrecidos y en las posiciones identitarias de los trabajadores. A continuación me referiré a algunos rasgos encontrados principalmente entre los trabajadores que se autodefinen como gays, aunque es posible que se presenten también en la población masculina no sexoservidora que comparte la orientación homosexual.

Es importante destacar que la concepción más socorrida para explicar la orientación homosexual en la región considera los deseos eróticos hacia personas del mismo sexo como una condición biológica que se posee desde el nacimiento [Córdova, 2003]. En este tenor, es frecuente encontrar que los masajistas gays asumen su homosexualidad como una característica innata que a veces les causaba una desazón *inespecífica* en la primera infancia, pero que les fue revelada cuando tuvieron algún tipo de práctica homosexual con un varón de mayor edad. Es común que este episodio tenga el valor de un mito fundador/revelador de la condición que los está definiendo como sujetos:

Yo siempre, siempre he sido así. Mi primera vez fue con un primo. Yo me gustaba mucho estar con ese primo mío, mayor que yo como cinco, seis años. Él tenía yo creo 15 y pus yo como nueve y me gustaba mucho estar con él porque nos llevábamos muy bien. Un día era la fiesta de Navidad que nos juntábamos todos en casa de mi abuela, nos fuimos a dormir juntos en la misma cama y ahí empezó a acariciarme. Yo sentí muy bonito porque lo quería mucho y todavía lo quiero mucho y desde entonces supe que yo era así (Danael, 22 años).

Mi primera relación homosexual que tuve fue a los cinco años, cuando iba en el kínder. Yo tenía un vecino, él tenía... qué será... como trece, catorce años. Entons me gustaba salirme a jugar atrás de la casa, y llegaba siempre él a verme y siempre me abrazaba y me agarraba y un día mi mamá le dijo que me dejaba encargado. Él comenzó con que "mira, mi miembro es grande, tengo pelos aquí", para que me diera curiosidad. Yo era un niño y me dio curiosidad y me lo enseñó y me dijo qué le tenía que hacer, que los niños tenían que hacer eso, que él se lo había hecho a su papá, que yo también debía de hacerlo. Después de eso siempre que me iba a visitar yo se lo tenía que andar agarrando, hasta que un día me pidió que le hiciera una felación y me enseñó cómo, porque él me lo hizo a mí. Era como un juego (Juan, 21 años).

Los relatos hacen hincapié en que desde temprana edad existía un conocimiento de la preferencia homosexual del entrevistado. Sin embargo, si se entiende la memoria como una construcción del pasado vista a través de la lente del presente, bien puede suceder que el episodio que marca la revelación cobre importancia y sea reelaborado en función de la situación actual del sujeto, de manera que se torne altamente significativo, en tanto que un varón heterosexual, aun cuando haya tenido algún tipo de experiencia homoerótica en su pasado, no otorgaría al suceso el mismo peso específico en la configuración de su identidad.

## DISCUSIÓN

Las acusadas transformaciones que han permeado el mundo occidental durante las últimas décadas han situado al sexo en el corazón de los debates, al afirmar una nueva exigencia de pronunciamiento y autodefinición en los asuntos relativos al cuerpo, la sexualidad y los placeres [Weeks, 1998:108]. En esta dirección, el presente trabajo ha pretendido analizar algunos aspectos de los vínculos que existen, por un lado, entre las convenciones sociales y las normas culturales y, por otro, la conformación de las identidades individuales, a partir de algunos ejes que aparecen con regularidad en los relatos de trabajadores del sexo en la ciudad de Xalapa. Estos ejes se encuentran atravesados por los valores sociales, los cuales inciden directamente en la construcción de la subjetividad, que si bien es elaborada por individuos concretos, tiene como esqueleto las concepciones sociales sobre lo que deben ser los diferentes aspectos de la vida colectiva.

El modelo hegemónico que deriva de una categorización de la sexualidad masculina entendida como predatora, apremiante y multidirigida, favorece una aprehensión dicotómica de las prácticas como pasivas y activas, asignándoles valoraciones jerarquizantes, de manera que se establece desde el cuerpo una relación entre dominadores y dominados, donde la violencia manifestada en la forma de homofobia tiene un lugar central. Los papeles sociales, posiciones sexuales, gustos y deseos son evaluados simbólicamente, y se permite su ejercicio a un tipo de personas y se condena en otros. De esta forma, la gimnasia corporal no sólo afirma las concepciones sobre lo permitido y lo prohibido, lo decente y lo indecente, sino que evidencia, al mismo tiempo, tanto lo que somos como lo que rechazamos.

Así, el ámbito de lo social establece matrices culturales en torno de las cuales articulan su experiencia los sexoservidores entrevistados. Estas matrices señalan las prácticas adecuadas para cada papel social y permiten a los individuos auto-definirse y construir una identidad mediante su adscripción a ellas. La exigencia de hipermasculinidad en *strippers* y mayates, el destierro de todo rasgo que consideren femenino de su persona y conducta, la insistencia en la heterosexualidad o en el papel activo durante el coito, protegen de manera simbólica contra la feminización y estigmatización del varón que está realizando conductas que corresponden a las mujeres, como exhibirse y bailar desnudo o tener relaciones sexuales con otros hombres. Esto les permite situarse en el extremo dominador de una relación marcada por el poder, conservando sus privilegios de género.

Por otro lado, en el caso de los travestis y los masajistas gays, la minusvalorización que representa adscribirse a conductas, apariencia o prácticas femeninas que suponen que el varón se está ubicando por *motu* propio en el extremo dominado de las relaciones de género, tiene que ser justificada simbólicamente, ya

sea mediante la creación y recreación del mito fundador/revelador o mediante el convencimiento de estar en el cuerpo equivocado, lo que opera como elemento reparador del orden social trastocado, situando la transgresión en un espacio fuera de la voluntad y/o control del sujeto.

El estigma y la homofobia que recae en conductas, atributos o representaciones asociadas a los cuerpos individuales no coherentes con las normas de género inteligible, confirma la estrecha relación que guarda la sexualidad con el poder y su carácter altamente político. Por ello, si bien es cierto que los códigos no determinan directamente los comportamientos, también lo es que la normatividad funciona como anclaje para la asignación y evaluación de las conductas en función de los papeles sociales, que son fundamentales para la conformación de una identidad. Esta relación es dinámica y se construye y transforma conforme sus componentes interactúan en la práctica cotidiana. El cuerpo y sus significados pueden construir un espacio privilegiado para el análisis de la subjetividad, entendida como una zona de confluencia entre lo social y lo individual que cobra dimensiones específicas en contextos culturales específicos.

## BIBLIOGRAFÍA

### **Aggleton, Peter** (ed.)

1999 *Men Who Sell Sex. International Perspectives on Male Prostitution and HIV/AIDS*, Filadelfia, Temple University Press.

### **Allman, Dan y Ted Myers**

1999 "Male sex work and HIV/AIDS in Canada", en Aggleton, Peter (ed.), *Men Who Sell Sex. International Perspectives on Male Prostitution and HIV/AIDS*, Filadelfia, Temple University Press, pp. 61-82.

### **Bergling, Tim**

2001 *Sissyphobia. Gay Men and Effeminate Behavior*, Nueva York, Harrington Park Press.

### **Boswell, John**

1980 *Christianity, Social Tolerance, and Homosexuality*, Chicago, The University of Chicago Press.

1985 "Hacia un enfoque amplio. Revoluciones, universales y categorías relativas a la sexualidad", en Steiner y Boyers (comps.), *Homosexualidad: literatura y política*, Madrid, Alianza Editorial, pp. 38-74.

### **Bourdieu, Pierre**

1991 *El sentido práctico*, Madrid, Taurus.

### **Butler, Judith**

1999 *Gender Trouble. Feminism and the Subversion of Identity*, Nueva York, Routledge.

**Cáceres, Carlos y Óscar Jiménez**

- 1999 "Fletes in Parque Kennedy: Sexual Cultures among Young Men Who Sell Sex to Other Men in Lima", en Aggleton, Peter (ed.), *Men Who Sell Sex. International Perspectives on Male Prostitution and HIV/AIDS*, Filadelfia, Temple University Press, pp. 179-194.

**Córdova Plaza, Rosío**

- 2003a *Los peligros del cuerpo. Género y sexualidad en el centro de Veracruz*, México, Plaza y Valdés/BUAP.
- 2003b "Reflexiones teórico-metodológicas en torno al estudio de la sexualidad", en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 65, núm. 2, México, IIS-UNAM, México, pp. 339-360.
- 2003c "De por qué los hombres soportan los cuernos. Género y moral sexual en familias campesinas", en Robichaux, D. (comp.), *El Matrimonio en Mesoamérica ayer y hoy: Unas miradas antropológicas*, México, Universidad Iberoamericana, pp. 261-280.
- 2003d "Mayates, chichifos y chacaes: trabajo sexual masculino en la ciudad de Xalapa, Veracruz", en Miano, M. (coord.), *Caminos inciertos de las masculinidades*, México, INAH/ENAH/CONACYT.

**Crawford, J., S. Kippax y G. Prestage**

- 1996 "Not Gay, Not Bisexual, But Polymorphously Sexually Active: Male Bisexuality and AIDS in Australia", en Aggleton, P. (ed.), *Bisexualities and AIDS: International Perspectives*, Londres, Taylor y Francis, pp. 44-60.

**De Moya, Antonio y Rafael García**

- 1999 "Three Decades of Male Sex Work in Santo Domingo", en Aggleton, P. (ed.), *Men Who Sell Sex. International Perspectives on Male Prostitution and HIV/AIDS*, Filadelfia, Temple University Press, pp. 127-140.

**Elias, Norbert**

- 1994 *El proceso de la civilización*, México, FCE.

**Enguix Grau, Begoña**

- 1996 *Poder y deseo. La homosexualidad masculina en Valencia*, Valencia, Alfons El Magnanim.

**Foucault, Michel**

- 1991 *Tecnologías del yo y otros textos afines*, Barcelona, Paidós.

**Goffman, Erving**

- 1986 *Estigma, La identidad deteriorada*, Buenos Aires, Amorrortu.

**González, César**

- 2000 *La construcción de la Identidad gay travesti. Poder, discursos y trayectorias; la disputa por espacios y territorios; el travestismo entre los gays de la ciudad de Colima y su zona conurbada*, tesis de maestría en antropología social, Guadalajara, CIESAS.

**Lamas, Martha**

- 2002 *Cuerpo: diferencia sexual y género*, México, Taurus.

**Lancaster, Roger**

- 1999 "'That We Should All Turn Queer?': Homosexual Stigma in the Making of Manhood and the Breaking of a Revolution in Nicaragua", en Parker, R. y P. Aggleton (eds.), *Culture, Society and Sexuality. A Reader*, Gran Bretaña, UCL Press, pp. 97-115.

**Macherey, Pierre**

1991 "Sobre una historia natural de las normas", en Balbier *et al.*, *Foucault filósofo*, España, Gedisa, pp. 170-185.

**Malcolm, James**

2000 "Sexual Identity Development in Behaviourally Bisexual married men", en *Psychology, Evolution & Gender*, vol. 2, núm. 3, Londres, Routledge.

**Parker, Richard**

1999 "'Within Four Walls': Brazilian Sexual Culture and HIV/AIDS", en Parker, R. y P. Aggleton (eds.), *Culture, Society and Sexuality. A Reader*, Gran Bretaña, UCL Press, pp. 253-265.

**Perelmutter, Daisy**

1998 "A historia oral e a trama sensível du subjetividade", en *Oral History: Challenges for the 21<sup>st</sup> Century*, vol. 2, Brasil, CPDOC/Fundación Getúlio Vargas, pp. 853-867.

**Pérez, Sergio**

1991 "El individuo, su cuerpo y la comunidad", en *Alteridades*, año 1, vol. 2, UAM-I, México, pp. 13-23.

**Perlongher, Néstor**

1999 *El negocio del deseo. La prostitución masculina en San Pablo*, Argentina, Paidós.

**Portal, María Ana**

1991 "La identidad como objeto de estudio de la antropología", en *Alteridades*, año 1, vol. 2, México, UAM-I, pp. 3-5.

**Plummer, David**

2001 "Policing Manhood: New Theories about the Social Significance of Homophobia", en Wood, Carl (ed.), *Sexual Positions*, Melbourne, Hill of Content.

**Ross, Ellen y Rayna Rapp**

1981 "Sex and Society: A Research Note from Social History and Anthropology", en *Comparative Studies in Society and History 1*, Estados Unidos, Cambridge University Press.

**Schifter, Jacobo**

1999 *La casa de Lila. Prostitución masculina en América Latina*, Nueva York, Haworth Press.

**Schifter, Jacobo y Peter Aggleton**

1999 "Cacherismo in a San José Brothel – Aspects of male sex work in Costa Rica", en Aggleton (ed.), *Men Who Sell Sex. International Perspectives on Male Prostitution and HIV/AIDS*, Filadelfia, Temple University Press, pp. 141-158.

**Serrano, José Fernando**

1999 "Cuerpos contruidos para el espectáculo: transformistas, strippers y drag queens", en Viveros, M. y G. Garay (comps.), *Cuerpo, diferencias y desigualdades*, Colombia, Utopía Ediciones, pp. 185-198.

**Simon, William y John Gagnon**

1999 "Sexual Scripts", en Parker, R. y P. Aggleton (eds.), *Culture, Society and Sexuality. A Reader*, Gran Bretaña, UCL Press, pp. 29-39.

**Valenzuela, José Manuel**

1997 *El color de las sombras. Chicanos, identidad y racismo*, México, COLEF/UIA/ Plaza y Valdés.

**Weeks, Jeffrey**

1998 *Sexualidad*, México, PUEG/UNAM y Miguel Ángel Porrúa.

**Zuilhof, Wim**

1999 "Sex for Money between Men and Boys in the Netherlands: Implication for the HIV Prevention", en Aggleton, P. (ed.), *Men Who Sell Sex. International Perspectives on Male Prostitution and HIV/AIDS*, Filadelfia, Temple University Press, pp. 23-39.